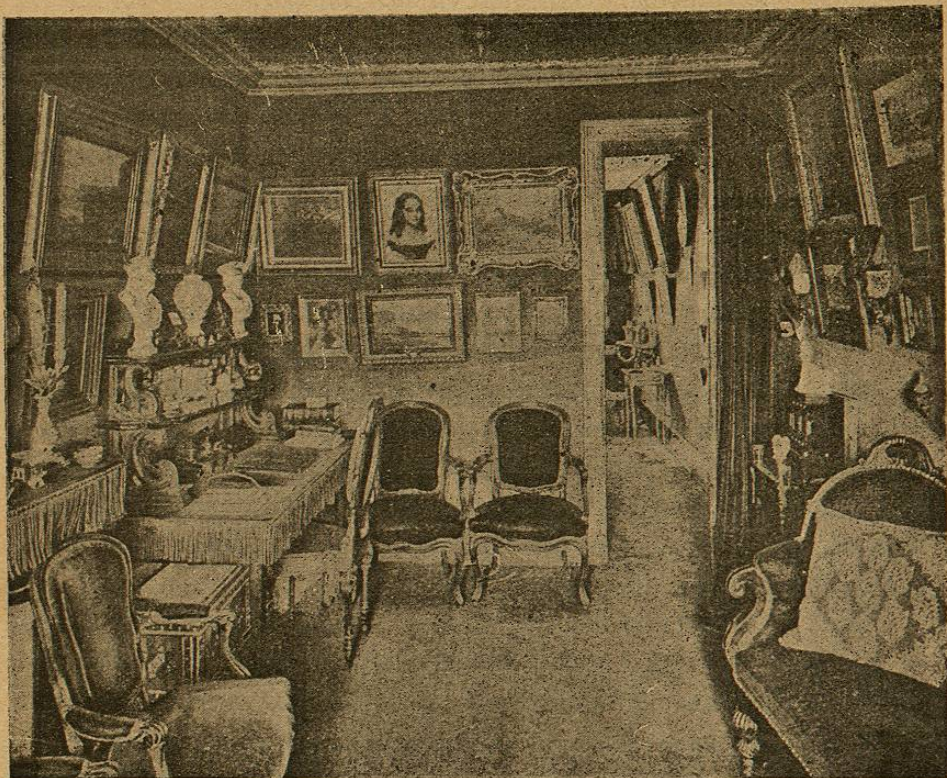


se de lectura de historia natural y de observaciones directas, Michelet levantó un poema lírico tierno é inspirado, que de tal puede calificarse *El Pájaro*. Viviendo en las montañas en continuo trato con golondrinas, alondras ruiseñores y modestos gorriones, el gran historiador acabó por adivinar los sucesos de su vida, sus alegrías y sus tragedias, los riesgos y peligros sufridos en la lucha por la subsistencia y escribió un



Saloncito de la calle d' Assas donde Michelet recibía á sus amigos íntimos

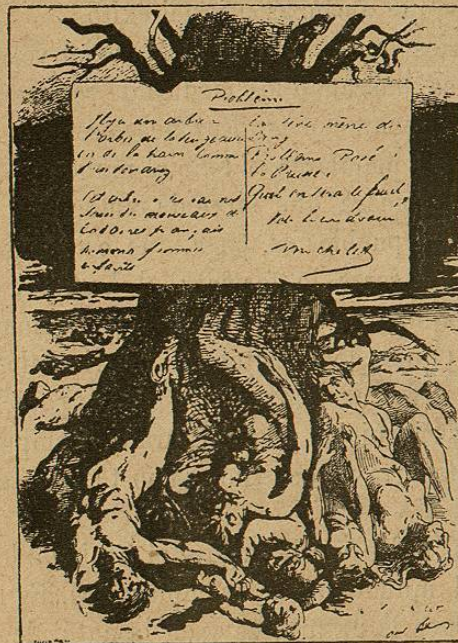
libro donde está encerrada el alma del pájaro, libro de una absoluta originalidad, único en el mundo, sin modelo anterior y sin que nadie pueda imitarlo. El deseo de Michelet al escribir el libro es «revelar el pájaro como alma», «hacer ver que es una persona»; y lo logra, interesando al lector con los amores, los dolores y las alegrías de las pequeñas aves, á las que describe como «flores animadas», «topacios y zafiros alados».

Su capítulo sobre el ruiseñor, el artista de los aires, es una maravilla; el viaje de la golondrina á través de Europa en busca del país cálido, atravesando los Alpes donde aguardan su paso las aves de presa,

salvando toda clase de peligros con su prodigioso instinto, tiene la grandeza de una Odisea, es un relato dramático que parece la epopeya de un gran capitán salvando obstáculos y burlando al enemigo.

El pájaro obtuvo un gran éxito. El público se asombró ante la originalidad del gran historiador, que después de resucitar la vida de los pueblos sabía crear un poema con la vida de las pájaros.

Casi á continuación escribió un nuevo libro, *El insecto*. Absorbido en la contemplación de la naturaleza tras el átomo viviente del espacio cantó la vida casi imperceptible que se desliza sobre la tierra. «El insecto está separado del hombre por un abismo más profundo que el Océano. Es el misterioso y mudo hijo de la noche. Ninguna mirada en sus ojos; ningún movimiento en su máscara muda. Dentro de su coraza de guerra permanece impenetrable. Su corazón (indudablemente lo tiene) ¿se agita del mismo modo que el mío? Sus sentidos son infinitamente más sutiles; ¿pero son semejantes á mis sentidos? Indudablemente los tiene de desconocidos en nosotros y que carecen de nombre, pero se escapan á nuestra observación.»



Dibujo de Andre Gill publicado en Paris en «El Eclipse» (10 Septiembre de 1871), reproduciendo un autógrafo de Michelet sobre la guerra y sus horrores.

Y Michelet, observador y poeta, unas veces paseando por las riberas del lago de Lucerna y otras en los bosques de Fontainebleau, sorprende el secreto de este mundo oscuro de los insectos y lo traslada á su libro con ese estilo tierno, sentimental é inimitable que no tiene semejanza con el de sus obras anteriores y en el que se nota la influencia de su mujer, que muchas veces es para él inspiradora y colaboradora. Como dice Corréard «la misma oreja sutil que se deleitó con el canto del ruiseñor percibe el ruido de pasos de la hormiga marchando á su trabajo matinal. El mismo corazón que siguió emocionado al pájaro en

la construcción de su nido, en la larga y penosa inmovilidad de la incubación y en la difícil enseñanza del vuelo, se interesa después en el doloroso drama de la metamorfosis del insecto y en su dura labor mal recompensada.»

Esta alma misteriosa que Michelet revelaba en el pájaro y en el insecto la sintió también en el vegetal y en el mineral. Quiso continuar el poema de la naturaleza y escribió *El Mar* y *La Montaña*, dos libros tan hermosos como los anteriores y que alcanzaron igual éxito.

Después de sondear los misterios de la naturaleza Michelet volvió los ojos á la sociedad contemporánea, buscando los medios de regenerar y fortificar moralmente las nuevas generaciones. Entonces escribió *El Amor* y *La Mujer*, sus dos obras más populares en todo el mundo.

Para Michelet «el hogar es la piedra que sirve de cimiento á la sociedad.» El principal interés de los pueblos es, pues, que este hogar tenga una base inquebrantable. Tres seres lo forman: el hombre, la mujer y el niño. La santa unión del hombre y la mujer, el matrimonio es lo que funda el hogar: el niño es quien lo perpetúa. El matrimonio y la educación del niño son, pues, las dos cuestiones más graves para la sociedad, y Michelet las trata con su intuición y su ternura de siempre. Su imaginación poderosa reviste estas graves cuestiones con toda la seducción de la poesía.

Al tratar de la educación da al padre y á la madre el título de los mejores educadores. «Nadie en el mundo puede reemplazarlos. Es la madre á quien pertenece el revelarnos la naturaleza y en la naturaleza á Dios que la creó y la conserva.» «Es el padre quien debe revelarnos la patria.»

Michelet pide que todos los niños estudien como base de educación la historia y la geografía de su país.

«Conociendo bien la patria se la ama mucho más.»

*
**

Sin cesar nunca de producir, sin perder la actividad y la lucidez del espíritu llegó Michelet á una vejez avanzada.

Lejos de decaer con la edad, su genio parecía resplandecer más en el crepúsculo de su vida y su alma, sondeando las tinieblas de la muerte, veía más allá de la fúnebre noche una nueva existencia.

Un ambiente de simpatía y de respeto flotaba como nimbo de santidad en torno de su venerable cabeza.

El profesor Monod, en su precioso libro dedicado á la memoria del que fué su gran amigo, traza fielmente el retrato del viejo maestro en los últimos años de su vida. «La parte superior de su rostro era admirable por su nobleza y majestad. Su vasta frente, encuadrada en una larga cabellera blanca, sus ojos llenos de fuego al mismo tiempo que de bondad, revelaban su poesía, su entusiasmo, su gran corazón. La nariz fina y dilatada expresaba una intensidad de vida extraordinaria. Su boca, un poco grande, pero de labios finos, dibujada con trazo acentuado y firme, era siempre elocuente y espiritual y daba á su palabra un sonido limpio y brillante que hacía adquirir relieve á la menor palabra. La parte baja del rostro, la mandíbula cuadrada y fuerte revelaba el vigoroso origen plebeyo. Cuando él hablaba, cuando el pensamiento animaba sus ojos, no se veía más que su mirada, aquella mirada que fué hasta el final limpia y brillante como en todos los que conservan el corazón joven. ¿Quién tuvo más que él, el don de la eterna juventud? Encanecido á los veinticinco años, Michelet no se cambió nunca; no envejeció jamás. De joven fué de una madurez precoz y al ser viejo no perdió nada de su frescura y su ardor.»

Realmente Michelet fué uno de los escritores más fuertes que se han conocido. Producir obras que suponen centenares de miles de páginas escritas, trabajar diariamente durante cincuenta años muchas horas sin interrupción y llegar, sin embargo, á la ancianidad con el cuerpo sano y el cerebro vigoroso, resulta extraordinario, aun teniendo en cuenta las costumbres virtuosas y casi austeras del gran historiador.

Para abatir su energía é inclinar su cuerpo hacia la tierra, fué preciso que el desastre cayera sobre su patria en 1870.

Michelet realmente no murió de una enfermedad conocida. Como era el gran historiador de la Francia, murió á consecuencia de las heridas sufridas por la patria francesa.

Cuando Prusia declaró la guerra á Francia, Michelet tuvo el presentimiento del desastre, aunque no podía imaginarse que éste alcanzase límites tan inmensos.

Su salud, quebrantada por las patrióticas emociones, le hizo trasladarse á Suiza y de allí pasó á Italia, estableciéndose en Pisa, la ciudad muerta y silenciosa que mejor convenía á sus tristezas de viejo patriota.

Desde allí, separado de Francia por aquellos ejércitos prusianos que iban enroscándose en torno de París, intentó servir á su patria publicando un libro titulado *La Francia delante de la Europa*. «En medio del horrible silencio que reinaba en Europa—dice Michelet—yo solo ha-

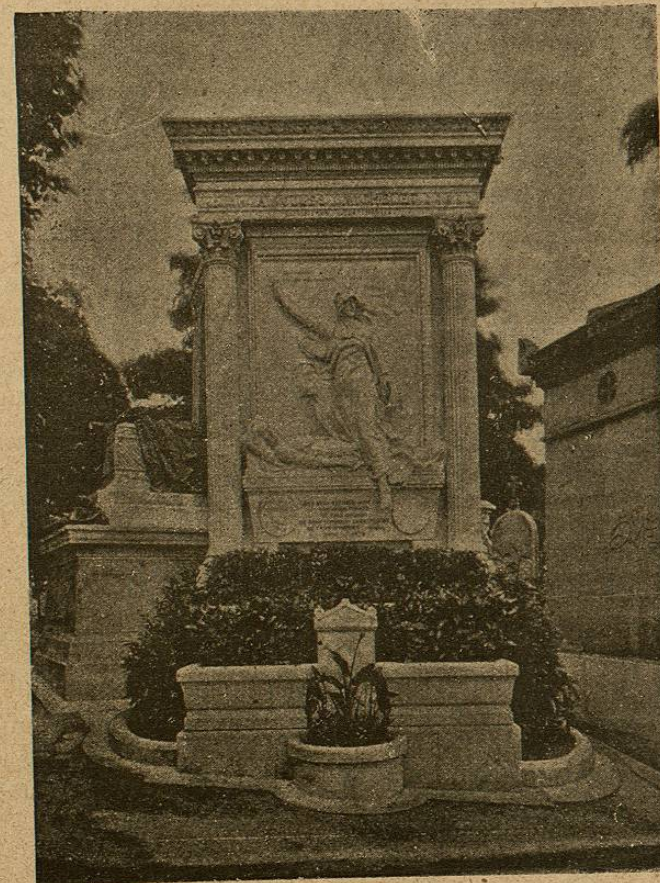


Casa donde murió Michelet en Hyères. El historiador vivía en el tercer piso

blé. Mi libro, que escribí en cuarenta días, fué la primera y por mucho tiempo la única defensa que se hizo de la patria herida. Rompió la unanimidad de malevolencia que nos había creado en todo el mundo el oro de Bismark. La conciencia pública fué advertida desde el Támesis al Danubio. A este libro que fué un grito del corazón le puse por epígrafe este grave aviso del porvenir: «*los jueces serán juzgados.*»

Vana esperanza: cada día experimentaba nuevas angustias ante la

patria casi agonizante y su existencia fué lúgubre en el invierno del 70 al 71. En Abril su organismo anunció el quebrantamiento con un fuerte ataque. Michelet se desplomó en una calle de Pisa como herido por un rayo, y sin conocimiento fué trasladado á su casa para que lo cuidase



La tumba de Michelet en el cementerio del Pere-Lachaise. Obra del escultor Mercié

otra enferma: su mujer. El único consuelo de esta triste pareja, sola en país extranjero, enferma y sin más distracción que aguardar las fatales noticias de Francia, era un canario que acostumbraba á colocarse y á cantar sobre la cama de su amo, quien agradecido abría los ojos murmurando:—*Pobre pequeño espíritu!* En los caracteres tiernos hay siempre dulzuras infantiles.

Michelet tuvo que volver á Suiza y allí se restableció con el aire

de las montañas, volviendo á París después de terminada la *Commune* y restablecida la tranquilidad.

Todavía, á pesar de sus dolencias, tuvo ánimo para seguir trabajando; y unas veces viviendo en el campo y otras en su pacífico retiro de la *calle d' Assas* en París, consagró el resto de sus fuerzas á escribir la *Historia del siglo XIX*, obra que no había de terminar.

Mientras tanto sus fuerzas disminuían lentamente, y él se daba cuenta exacta de su situación. Veía venir la muerte con majestuosa serenidad: sin desearla, pensando en el dolor que causaría á los que le amaban, pero creyendo en los indefinibles placeres que proporciona á los que la buscan y la veneran.

Los médicos le hicieron trasladarse á Hyeres, en la azul y sonriente costa del Mediterráneo, y allí murió tranquilamente el 9 de Febrero de 1874.

El lugar indiscutible para guardar los restos de Michelet era París, donde había transcurrido su vida; el cementerio del Pere Lachaise, junto al cual había vivido muchos años y por cuyas avenidas paseaba todas las tardes meditando entre aquella ciudad de tumbas que le inspiraban graves pensamientos y dedicando su piedad á todos los muertos, lo mismo amigos que desconocidos.

Cuando dos años después de su muerte, en Mayo de 1876, el cuerpo de Michelet fué trasladado á París, la Francia republicana saludó los despojos de uno de sus hijos más gloriosos con una manifestación de duelo tan espontánea como imponente. Más de veinte mil personas formaron el cortejo tras el carro fúnebre, marchando al frente los primeros sabios, oradores y artistas de Francia. Pero esta representación tan eminente de la inteligencia, quedaba como oscurecida por la juventud entusiasta del viejo maestro, por los estudiantes á los que había hecho amar la República y que acudían en masa de todas las Universidades de Francia, mezclándose con las comisiones escolares de Vasorvia, de Roma, de Londres, de Palermo, de Bucharest, etc.

Al pasar el féretro por los barrios populares, escenario en otro tiempo de explosiones revolucionarias, la muchedumbre obrera saludaba grave y silenciosa al gran cantor de la Democracia, al historiador de la Revolución.

Michelet duerme el eterno sueño, rodeado de ese pueblo de París al que tanto amó y en el que puso la llama de su genio, el calor de su corazón: duerme escoltado por el movimiento de una generación joven y

republicana á la que supo inspirar grandes pensamientos y generosas ambiciones.

Como monumentos que indican su paso por el mundo quedan para siempre la *Historia de la Revolución*; la *Historia de Francia*; los *Orígenes del Derecho francés*; *El sacerdote, la mujer y la familia*; *Los jesuitas*, *El Pueblo*, *La Biblia de la Humanidad*, *La Bruja*, *Los soldados de la Revolución*, *Las mujeres de la Revolución*, *Legendas democráticas del Norte*, *El Pájaro*, *El Insecto*, *El Mar*, *La Montaña*, *La mujer*, *El Amor*, etc.

Una hermosa almohada sobre la cual puede descansar tranquilamente su cabeza el ilustre maestro con la seguridad de que vino al mundo para algo.

Para hombres como él la muerte es nueva vida.

Además, morir no es perecer, cuando se llega como Michelet á desentrañar el misterio de la muerte.

«No es una vana poesía—dice el gran poeta de *La Mujer*.—Es la exacta verdad. Nuestra muerte física no es más que un retorno al vegetal. Poco, muy poco es sólido en esta móvil envoltura de nuestro cuerpo: todo en ella es fluido y se evapora. Disueltos en el espacio en muy poco tiempo, somos ávidamente recogidos por la aspiración poderosa de las hierbas y el follaje. El mundo variado de verdura que nos rodea, es la boca, el pulmón absorbente de la naturaleza que sin cesar tiene necesidad de nosotros y encuentra su renovación en la disolución animal. Ella espera pero tiene prisa. Ella solo deja aquello que no necesita. Ella lo atrae todo amorosamente, lo transforma y lo embellece con una perfecta metamorfosis. Ella nos aspira por medio de las hojas y nos respira en forma de flores. Para el cuerpo así como para el alma morir es vivir. No hay en este mundo más que la vida. La ignorancia de los tiempos bárbaros hizo de la muerte un espectro. Y la muerte es una flor.»

**

Cuenta el escritor francés Henri Charriaut al hacer la semblanza de Castelar, que fué gran amigo suyo, que cuando él estaba en Madrid, muchos días después de almorzar el eminente tribuno le rogaba leyese en voz alta algunas páginas de la Revolución de Michelet.

Cuando Charriaut terminaba la lectura de un capítulo Castelar exclamaba con exaltación.